

esos años se irguió con ímpetu oratorio y un espíritu cívico que explican bien la resonancia de sus escritos. La seguridad de su voz y la persuasión de sus expresiones le aseguraron un público atento, respetuoso y admirador de sus actitudes públicas. En cuanto a las páginas de viaje, las más admirables se hallan entre aquéllas que Italia le inspiró desde su llegada en 1924. Esas páginas continúan la tradición de la crónica tal como había sido cultivada por los modernistas —descripción de ciudades, ambientes y personas— y tienen su par en las que escribieron Alfonso Reyes, Mariano Azuela, Alejo Carpentier y otros escritores hispanoamericanos durante esa época. También dentro del género, se destacan las semblanzas de autores y personajes de relevancia internacional, las reseñas de libros y los artículos sobre artistas y objetos de arte. Asimismo, la naturaleza estuvo presente como tema en muchos de sus artículos. Su amor a Chile se refleja en sus «Recados», en los que evocó el paisaje chileno con especial primor y en los que se amplió su veta lírica, veta que explotaría ricamente en sus *Motivos de San Francisco*, lindantes con el poema en prosa, y que son un ejemplo de sus preocupaciones religiosas y de su inclinación por la vida sencilla y abnegada en provecho del prójimo. San Francisco y, en segundo término, la figura de la Virgen, lo cual ha sido desatendido por la crítica, fueron subtemas recurrentes en su obra de madurez.

He dicho que hacia la década de los años cuarenta, en especial a partir de la obtención del Nóbel, sustituyó la redacción de crónicas por otras variantes literarias. De una totalidad que asciende a más de quinientos textos en prosa, según la bibliografía de Escudero, y que bien podría alcanzar casi los seiscientos, si llegan a sumarse todos aquellos de los que no se han podido localizar los datos bibliográficos correspondientes y los que hayan sido descubiertos sin que se les incorpore a la bibliografía general, puede decirse *grosso modo* que más de dos terceras partes, aproximadamente, están constituidas por crónicas y artículos periodísticos. Habiendo alcanzado una fama apoteósica, que ratificaría la recepción del Premio Nobel en 1945, y solicitada su presencia y opinión por las más diversas entidades y organismos, rindiéndosele homenajes con frecuencia, durante esa década y la de los años cincuenta hasta su muerte, la Mistral escribió discursos, charlas, conferencias y declaraciones, que fueron publicados en su día y que tienen el interés de mostrar la repercusión internacional de su pensamiento. Su prosa se tornó elocuente, de frase extensa y compleja como requiere el género oratorio, y es de admirar que fue entonces cuando en esos textos, de defensora de libertades, de nacionalismos bien entendidos y de un latinoamericanismo plenamente asumido, su voz tuvo un paralelo con la obra discursiva de Martí.

La influencia e importancia de la Mistral en el mundillo literario atrajo a autores que buscaron en ella la refrendación de su pluma. Una discreta cantidad de prólogos, por tanto, integra, juntamente con los discursos, conferencias y otros escritos, el resto, o sea, de modo aproximado, menos de una tercera parte de la totalidad de los textos. Pero son los poemas en prosa, y en general la prosa poética, la que ocupa, después de la crónica, el segundo lugar en sus preferencias, a juzgar por su número. Ello no es de extrañar en un poeta, si acaso lo sería el hecho de que no los haya escrito con más asiduidad. Esto último se explicaría por el apremio y preponderancia de los temas pedagógicos, sociales y políticos en su obra y por la dilución de poesía en el estilo metafórico de muchos de sus escritos. De cualquier forma, se dio una continuidad, con

algunas intermitencias, en sus poemas en prosa y merece enfatizarse que los redactados desde la segunda mitad de los años veinte, y que no aparecen en *Desolación*, son de las páginas más bellas que haya podido escribir. Las barcas y el mar, el agua, el cristal, el fuego, el aceite, la ceniza, la arena, la harina, flores, frutos y animales pasan por sus líneas en un canto de alabanza y asombro, y parece como si con él Gabriela destilase todo su amor y dolor de vivir, identificada ya con el silencio y la inocencia de la naturaleza. Era el complemento consecuente de su sentimiento religioso y el sosegador reverso de sus afanes por una vida social más digna, de su piedad por el mundo de los hombres y de su ternura anhelante, de madre frustrada, por el mundo de los niños. Y para los niños parece estar escrito realmente *El miedecito de la gacela*, uno de sus textos de más interés, lo más parecido a un relato infantil, y que seguramente debe de haber redactado en un momento de paz y contento, de los pocos que le deparaba su vida ajetreada y difícil.

René Letona

Umberto Eco: de la semiótica a la novela

Uno de los escritores italianos que ha tenido mayor proyección en todo el mundo durante estos últimos años ha sido Umberto Eco con su novela *Il nome della rosa*. Como es sabido, su éxito excepcional en España ha sido paralelo al que ha gozado en muchos otros países. Yo me siento activamente inmerso en el proceso de difusión de la misma en nuestra península. A finales de 1980 recibí el ejemplar de la primera edición que acababa de salir en septiembre en Italia editado por la Bompiani. Desde hacía bastante tiempo yo venía siguiendo muy de cerca los esclarecedores trabajos del profesor Eco en el campo de la semiótica. Tan es así que, uno días antes de que apareciese su seductora narración, en el Séptimo Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, celebrado en Venecia del 25 al 30 de agosto de aquel año, yo me había servido en parte de sus aportaciones para estructurar mi teoría sobre «El mimema, unidad primaria de la teatralidad». Expuse entonces, en aquel encuentro de investigadores, que para la visión conjunta del fenómeno teatral y para el análisis de sus elementos significativos era muy interesante la breve pero aguda ponencia de Umberto Eco [...] «Para-

mètres de la semiologie théâtrale» y aclaraba en mi comunicación: «Para estudiar semiológicamente el comportamiento del cuerpo humano, utiliza Eco un ejemplo de Peirce, ya clásico en estos trabajos, el del borracho exhibido para demostrar la necesidad de la sobriedad alcohólica». Seguidamente añadía «Creo que a través de este ejemplo sobre la funcionalidad escénica del cuerpo humano podemos acercarnos a intentar fijar la unidad primaria de la teatralidad». No voy a seguir exponiendo la teoría entonces presentada y después ampliamente desarrollada. Baste con lo dicho para testimoniar de mi conexión y contacto científico con Eco antes de su «boom» como novelista. Contacto que se continúa. El *Congreso Internacional de Semiótica del Teatro* que organicé en el Instituto Español de Cultura de Roma presidido por él ha tenido una gran resonancia en todo el mundo.

He de confesar que, cuando me llegó el denso volumen de *Il nome della rosa*, lo dejé dormir durante algún tiempo, pero debo añadir que en el momento en que decidí hincarle el diente, ya no pude abandonarlo hasta llegar al final. Tenía la novela tal poder de captación que imposibilitaba que se interrumpiera por banalidades de la vida diaria el acontecer apasionante del mundo que allí se nos ofrecía. Inmediatamente hice dos reseñas que se complementaban, las cuales fueron las primeras que aparecieron en España sobre la misma, a pesar de haber sido retenidas algunos meses para que su publicación antecediase con no demasiada distancia a la edición española de la obra. Mi primera crítica se titulaba «Umberto Eco: la tentación de la novela» y apareció el 10 de septiembre de 1981 en *Diario 16*. El título que utilicé ya sitúa la creación de este autor en un camino especial, propio. Al resaltar el hecho de la «tentación de la novela», ya se transparenta que su autor vive funcionalmente en otra esfera y que ha ido a la narrativa por una provocación surgida. Un aspecto clave de su esfera vital es el mundo científico de investigador semiótico, en el que ocupa un primerísimo lugar; y la tentación que experimentó era, sencillamente, la de aplicar sus conocimientos a una creación propia, habiendo conseguido aquéllos, magistralmente, a través del análisis del mundo de los narradores en los más diversos niveles y épocas. Por ello en aquel artículo decía: «*El nombre de la rosa*, primera incursión en la narrativa del conocido semiótico Umberto Eco, acaba de publicarse en Italia, y en España verá la luz a primeros del año próximo de la mano de la Editorial Lumen. El libro ha sido acogido con inusitado entusiasmo por la crítica, que lo presenta como una de las mejores novelas europeas de los últimos años, veredicto que ha sido corroborado por la reciente concesión a la obra del XXXV premio Strega». Hoy habría que añadir se destacada posición en la narrativa mundial, así como la lista de los innumerables premios que ha obtenido.

Creo que para poder somormujear con soltura en el interior de la novela es imprescindible acercarnos a la personalidad de su realizador. Nos encontramos ante una peculiarísima creación surgida del acontecer cotidiano de su autor a pesar de los siglos y circunstancias que separan la narración de su presente. Sorprende a todos los que se acercan a él la polifacética personalidad de Umberto Eco. A los veintidós años, en 1954, se doctora en Filosofía por la Universidad de Turín, con una tesis que, en aquellos años de búsqueda y de renovación, podía parecer escandalosa. El tema escogido era *El problema estético en Tomás de Aquino*. El que un joven brillante se dedicase, una vez más, a estudiar el puntal máximo de la filosofía escolástica fue, evidentemente, una